



La voz del Arzobispo

DIGNIDAD DE LA MUJER

MONS. JOSÉ
RAFAEL QUIRÓS



■ Como Iglesia, nos unimos en defensa de la dignidad, el papel y los derechos de las mujeres en nuestra sociedad y rechazamos, categóricamente, la lacra de homicidios y violencia contra ellas. Asimismo, nos solidarizamos con los familiares de las víctimas, muchos de ellos menores de edad, y pedimos al Señor les consuele en estos momentos de inmenso dolor.

Ninguna violencia puede ser tolerada ni justificada, menos aquellas situaciones en las que la mujer se encuentra en desventaja o discriminada por el hecho de ser mujer, pues, esta actitud es contraria al mensaje de Nuestro Señor, que nos pide: "Ámense los unos a los otros como yo los he amado".

Vivimos en una sociedad cada vez más violenta y, aunque dirigimos ahora nuestra atención al tema de la mujer, ello no implica que otras formas de violencia contra los hombres, los adultos mayores, los niños o los no nacidos sean un asunto de menor amenaza, antes bien, preparan un escenario aún más adverso.

Hago un especial llamado a todos los fieles católicos y a los hombres y mujeres de buena voluntad, para que denuncien estos crí-

no y que los once que se contabilizan este año se han dado en el círculo familiar y la mitad de ellos por

personas jóvenes, lo que evidencia cómo las nuevas generaciones dan continuidad a ese círculo de violencia.

En la familia es donde la espiral de violencia debe ser atacada para que los niños crezcan en ambientes sanos y libres de violencia, con formación en valores y condiciones dignas a partir de la práctica de la amabilidad, la bondad, la confianza y el soporte mutuo. Valores que necesariamente deben interiorizarse y vivirse desde los primeros años de vida.

Este es, sin duda, un tema cultural y por tanto no debe estar ausente en el sistema educativo de escuelas y colegios, fundamentado en valores y en virtudes humanas para formar personas buenas, íntegras, coherentes y capaces de integrarse afectiva y emocionalmente para actuar en sociedad. La educación religiosa acerca de estos valores ofrece su valioso aporte.

El machismo que se sigue inculcando en muchos ámbitos, degradando y anulando a las mujeres, fomenta las conductas agresivas de los "maltratadores". No obstante, el discurso ideologizado que insiste en descalificar y generar la lucha entre hombres y mujeres resulta poco

■ Como Iglesia, nos unimos en defensa de la dignidad, el papel y los derechos de las mujeres en nuestra sociedad y rechazamos, categóricamente, la lacra de homicidios y violencia contra ellas. Asimismo, nos solidarizamos con los familiares de las víctimas, muchos de ellos menores de edad, y pedimos al Señor les consuele en estos momentos de inmenso dolor.

Ninguna violencia puede ser tolerada ni justificada, menos aquellas situaciones en las que la mujer se encuentra en desventaja o discriminada por el hecho de ser mujer, pues, esta actitud es contraria al mensaje de Nuestro Señor, que nos pide: "Ámense los unos a los otros como yo los he amado".

Vivimos en una sociedad cada vez más violenta y, aunque dirigimos ahora nuestra atención al tema de la mujer, ello no implica que otras formas de violencia contra los hombres, los adultos mayores, los niños o los no nacidos sean un asunto de menor amenaza, antes bien, preparan un escenario aún más adverso.

Hago un especial llamado a todos los fieles católicos y a los hombres y mujeres de buena voluntad, para que denuncien estos crímenes y rompan el silencio, aunque se trate de personas cercanas a la familia. Las cifras son alarmantes y, entre otros aspectos, nos dicen que sólo el año pasado hubo ciento cincuenta tentativas de asesinato femeni-



han dado en el círculo familiar y la mitad de ellos por personas jóvenes, lo que evidencia cómo las nuevas generaciones dan continuidad a ese círculo de violencia.

En la familia es donde la espiral de violencia debe ser atacada para que los niños crezcan en ambientes sanos y libres de violencia, con formación en valores y condiciones dignas a partir de la práctica de la amabilidad, la bondad, la confianza y el soporte mutuo. Valores que necesariamente deben interiorizarse y vivirse desde los primeros años de vida.

Este es, sin duda, un tema cultural y por tanto no debe estar ausente en el sistema educativo de escuelas y colegios, fundamentado en valores y en virtudes humanas para formar personas buenas, íntegras, coherentes y capaces de integrarse afectiva y emocionalmente para actuar en sociedad. La educación religiosa acerca de estos valores ofrece su valioso aporte.

El machismo que se sigue inculcando en muchos ámbitos, degradando y anulando a las mujeres, fomenta las conductas agresivas de los "maltratadores". No obstante, el discurso ideologizado que insiste en descalificar y generar la lucha entre hombres y mujeres resulta poco acertado. La vía no es la confrontación sino el diálogo y la educación.

Nuestra oración por todas las mujeres asesinadas y nuestro compromiso para que se detenga este círculo de violencia.